

Prólogo

Cuando Ediciones Urano me pidió que prologara la nueva edición de *Me lo dijo un sueño*, tuve una alegría muy grande. No solo por la evidente vanidad de sentirme convocado a participar de la obra de otra persona, sino por múltiples razones. Primero, porque esto significa que la obra se vendió y se agotó luego de varias “reimpresiones”. Segundo, porque pese a la costumbre de no publicar nuevas ediciones de obras nacidas en otras editoriales, Urano se abre a eso y valora un trabajo literario e intelectual de primera línea. Tercero, porque la autora, mujer inteligente y minuciosa, se propuso perfeccionar la obra y agregar nuevos materiales. (Y, cuarto, porque me encanta escribir, aunque esto lo digo entre paréntesis, con la idea de que así sea un secreto entre quien lee y yo).

Sigo creyendo “que el género literario más difícil es el prólogo, porque se trata de escribir (hacerse responsable de lo pensado) de otro (que ha confiado en el escritor), más precisamente de la obra de otro (lo que es fruto de su integralidad de emociones, intelecto y espíritu), a un público que se desconoce por completo”.

Pero aquí estoy perseverando. Con la implacable tozudez de un nativo de Aries, tratando de invitar a los lectores a incorporarse a un tema fascinante, escrito de modo atractivo, sólido, serio, responsable.

Y he sugerido a la editora que se publique este breve texto, solo como una manera de volver a presentar el prólogo de la primera edición, en el cual emito conceptos que me parecen fundamentales sobre el texto en comento.

El tema de los sueños adquiere una tremenda relevancia en la medida que nos adentramos en la Era de Acuario, en la cual se hace necesaria la fluidez entre el inconsciente personal y el inconsciente colectivo con la vida terrenal inmediata, para avanzar en un proceso que integra dinámicamente la vida personal de cada ser humano con la vida social, recordando ese aserto de los sabios de los años 70 que nos dijeron que “no hay cambio social sin cambio personal, ni cambio personal sin cambio social”, dejando fuera el dilema decimonónico (prolongado hasta el siglo XX) en cuanto a que deben primar uno u otro, pero no pueden ser simultáneos.

Conocer los sueños y descifrar sus mensajes nos ayuda a ser más conscientes de nuestro papel como personas integradas al mundo y por eso entonces este libro, además de ser entretenido y fácil de leer, constituye un instrumento eficaz para los procesos de transformación de la vida humana que la nueva Era nos propone con carácter de urgente e indispensable.

Este libro se lee con facilidad porque está muy bien escrito y los conceptos más pesados se presentan de un modo tal que parecen livianos sin perder su sustancia.

Como resultará evidente, estamos ante un nuevo género literario, donde se entrelazan la narrativa, la autoayuda, la enseñanza, la profundidad espiritual, todo eso hecho de una manera fluida.

En esta reedición del libro hay un capítulo nuevo, donde el método de trabajo queda aún más claro y se puede ver cómo todos, incluso los terapeutas más entusiastas o avezados, deben ser capaces de buscar respuestas que, aunque parecen claras para el observador externo, para el propio protagonista permanecen en una nebulosa que puede prolongarse mucho tiempo. Avanzar en mí mismo es un proceso que no se puede hacer en solitario, se requiere apoyo, justamente porque las respuestas viven dentro de nosotros al igual que las preguntas, y ellas se mantienen protegidas por las corazas que nuestra conciencia ordinaria usa para que las emociones o ciertas ideas más integrales no pongan en jaque el devenir diario.

Ir hacia las profundidades del yo, con los sueños o con otras técnicas, es una tarea importante, pero que tendemos a evitar por su misma relevancia, ya que intuimos, tememos, que aquello que allí está instalado nos vaya a incomodar en las posiciones a las que nos hemos acostumbrado.

Invito al lector a buscar las respuestas donde están –dentro de sí mismo– y no donde hay luces encendidas por falsos maestros. Este libro nos guía, pero la respuesta es de cada uno.

Agradezco a la autora su esfuerzo y su aporte y a Ediciones Urano por abrir las puertas a temas tan relevantes para cada ser humano.

Jaime Hales

Escritor

Camino al verano 2018-2019

Prólogo a la primera edición

He llegado a convencerme que el género literario más difícil es “el prólogo”, porque se trata de escribir (hacerse responsable de lo pensado) de otro (que ha confiado en el escritor), más precisamente de la obra de otro (lo que es fruto de su integralidad de emociones, intelecto y espíritu), a un público que se desconoce por completo. La autora, en este caso, ha confiado en el futuro prologuista para que presente su libro. Y, ¿puede el prologuista arriesgarse a decir sí antes de leerlo? Quien se compromete sin conocer el texto, simplemente promete decir cosas positivas, aunque el libro no las merezca. Quien dice que va a leer el manuscrito primero, somete al escritor, escritora en este caso, a una tensión que puede ser muy prolongada. Si la respuesta llega a ser negativa, aunque se la suavice con aceites perfumados, quedará claro para ella que el libro no ha sido considerado bueno por aquella persona a la que se eligió previendo que ese libro y esos temas le habrían de gustar.

Cuando Edna me entregó su manuscrito le manifesté que lo leería con atención y que lo llevaría en mi viaje a la Feria del Libro de Buenos Aires para tratar de leerlo allá.

De ese modo estaba comprometiendo lo único que podía: darle atención a la obra y tratarla con la rapidez adecuada para disminuir tensiones, entre otras cosas además de sentido humanitario, porque venía muy recomendada por dos queridas amigas. Es necesario agregar también mi actitud solidaria ya que ella es abogado, igual que yo, y su decisión de incursionar en la escritura y el inconsciente la conozco desde que yo inicié el mismo camino.

El resultado es que dejé de ser abogado. No sé qué le pasará a ella, pero le deseo fervientemente que cualquiera que sea su opción final, sea tan feliz como lo estoy siendo yo.

Me senté en el aeropuerto de Pudahuel a la larga espera para que partiera el vuelo. Comencé a leer, interrumpido varias veces por mi compañero de vuelo, un audaz editor de libros electrónicos, a quien debía tratar con la amabilidad que se merece. ¿Qué lees? Y dije la frase mágica para asegurar su silencio por casi una hora: un manuscrito que podrías publicar.

Desde la tercera línea –para no exagerar– me metí en el libro y no tenía ganas de ser interrumpido. Me encontré con una prosa elegante, sobria, precisa, de muy buena capacidad descriptiva y con un manejo del diálogo muy natural y espontáneo. Una obra fácil de leer, entretenida y didáctica, en la que pude aprender mucho.

¿Es una novela?

No, aunque responde a todos los elementos propios de ese género, ya que se cuentan historias entrecruzadas de personajes ficticios que parecen reales y de personajes reales –la propia autora convertida en personaje literario– que también parecen reales. Seres humanos que desnudan sus vidas en el consultorio de una terapeuta de sueños, donde se van trabando amistades hermosas que, para sorpresa mía, no se desbordan más allá de los marcos que la autora necesita (también se sorprendería Carl Rogers que pese a promover las terapias grupales nos advierte de los riesgos que ellas tienen desde el punto de vista de las relaciones entre los participantes). Porque finalmente la escritora es abogada y respeta ciertas normas mínimas de privacidad y de convivencia. Cuando, en un tiempo más, se atreva a ser más escritora que abogada, permitirá a sus personajes actuar en libertad total. Sin embargo, ellos se ven espontáneos y verdaderos.

Parece una novela, pero claramente la escritora pretende otras cosas.

Por ejemplo, quiere contarnos que cuando entramos en el mundo de los sueños recibimos informaciones valiosas para nuestra vida

concreta. Esa información, nos dice la autora, se nos presenta en forma de símbolos con toques de realismo, ya que las diversas partes de nuestro inconsciente toman rostros y actitudes de distintos personajes que deambulan por el espacio onírico. Cada sujeto del sueño es una parte de nosotros mismos y si las hacemos dialogar y les permitimos vivir, podremos finalmente integrarlas de modo coherente. Y así tomaremos las decisiones que hay que tomar y transitaremos por el camino hacia la plenitud.

Pero la escritora-abogada-terapeuta no se satisface con eso, sino que nos muestra lo que ella enseña a sus pacientes que, a la vez, son alumnos. Es decir, el libro enseña la técnica para trabajar los sueños, con pautas claras, precisas, experienciales. En eso podría parecer un libro de autoayuda y de una ayuda sumamente útil.

Todo está dado en una sola manifestación literaria. No es de aquellas obras que cuenta una anécdota y luego analiza y luego explica los pasos concretos. Todo eso está presente en forma armónica, liviana, delicada, con una belleza singular. Es una hermosa obra literaria, una maciza exposición teórica y estupendo manual práctico para la interpretación de los sueños.

Y con eso podría bastar.

Solo quiero agregar –ego mediante– que sus métodos me recordaron mis terapias con Lola Hoffman y Claudio Naranjo. Ellos fueron capaces de hacerme transitar por mis sueños de un modo muy claro y útil, para comprender mi vida hacia atrás y hacia el futuro y poder decidir en el momento concreto. Esas decisiones no son inamovibles. Por ejemplo, los sueños que trabajé con Naranjo me condujeron a la decisión de ingresar al seminario para ser sacerdote. Pero no permanecí en ese camino, pues justamente con ese mismo sueño entendí que esa ruta debía conocerla bien antes de desecharla, pues de lo contrario iba a vivir siempre con la idea pendiente. El trabajo de los sueños con Lola me hizo ver con total claridad que la abogacía sería un paso transitorio pero inevitable de mi vida. En ambos casos percibí que el futuro estaría lleno de

exigencias radicales, tal como resultó ser mi compromiso con los derechos humanos.

La técnica que propone la autora puede ser tan eficaz como esas y sigue sus mismas líneas. La diferencia es que gracias a este libro el paciente no necesitará llegar a la consulta para iniciar el camino. Es cierto que con la guía de un terapeuta es más eficaz, pero algunas cosas, como poner atención a los sueños, escribirlos y conversarlos pueden comenzar a hacerse desde antes.

Me siento feliz de la invitación de la autora. El libro lo terminé en mi primer día de estadía en Buenos Aires. Al segundo le escribí diciendo que sí prologaría. Escribo estas páginas cuando se cumple una semana o algo así de nuestra primera entrevista.

Lector y lectora: ya han llegado a este punto, sigan por estas páginas sin vacilar. El único riesgo es que querrán ser más conscientes, tener sueños más claros y avanzar más seguros en la vida. Y eso tiene un precio: la verdad a toda costa.

Jaime Hales
Al declinar Aries, 2011

I

Esa parte de mí que no sabe decir “te quiero”

—¡Qué loco el sueño que tuve anoche!

—¿Qué soñaste?

—Con mi mamá. Qué extraño. No tiene nada que ver.

—Cuéntamelo.

—Mi mamá estaba en un hospital, muy enferma. Qué raro era verla así; ella que siempre ha sido tan fuerte. Tenía Alzheimer y estaba muy confundida. Verla de ese modo me producía una pena inmensa; con su cuerpo tan robusto, con esa gran capacidad de hacer tantas cosas a la vez, rebosante siempre de una energía envidiable, y ahora disminuida de esa forma, en una cama... La enfermera me dice que ya no controla esfínteres y que a partir de hoy debo cuidarla yo. Sé que debo hacerlo.

—Hum... por qué soñar con tu madre que ya falleció hace un par de años, ¿no?

El semáforo cambia a luz verde. Martina pasa la palanca de cambios a la primera velocidad, ya intuyendo el significado del sueño de su amiga. En breves segundos, mientras gira por esa calle de la zona oriente de Santiago que desciende desde el puente que cruza un canal, baraja la posibilidad de entrar en él y, junto con ello, pasar al mundo interno de Soledad.

Es su amiga desde el tiempo de la universidad y hoy no se encuentra pasando por un buen momento. De algún modo, Martina se siente feliz de que así sea, aunque no pueda revelar aún sus razones; quién mejor que ella sabe que navegar por la Laguna de Estigio

—un breve recorrido por las afueras del infierno— es un regalo del Universo. Uno que de cierta forma Soledad se hace a sí misma para nacer de nuevo desde él, aunque aún no lo sepa.

Martina recuerda a la Soledad de hacía quince años. El primer día que la vio en el patio de la universidad no podía creer que era su compañera de estudios; más bien parecía ser la pequeñita que vino a acompañar a su hermana mayor a matricularse. Las mejillas sonrosadas que adornaban su carita de luna eran el blanco de algunas bromas; solían relacionarla con algún antiguo personaje de dibujos animados. Ella era así, como esa dulce caricatura, de alma inocente y espíritu bondadoso, aunque muy temerosa del resto. Su miedo a ser rechazada lo traía incorporado en sus ojos y en sus gestos; ante el menor atisbo de no aceptación giraba sus pasos en un nuevo rumbo, errando en muchos casos su interpretación. Como si esperara encontrar este gesto en el otro, tan acostumbrada estaba a ello.

En esos primeros tiempos, pasaron del reconocimiento mutuo a la amistad en un segundo. Dicen que los iguales se atraen, y al parecer así era, pues Martina se veía en ella en múltiples aspectos. En el tipo de familia del que provenían: madre fuerte, padre débil. En la mirada ante la vida desde una madurez obligada y autoimpuesta, que no correspondía a su edad, consecuencia asumida de la ausencia de la necesaria guía nutritiva de los años tempranos. Cuando no existen reglas básicas en el hogar determinadas por un adulto responsable, reflexiona Martina, la parte adulta del niño abandonado pasa a tomar ese lugar, fijándose de ese modo a sí mismo los límites que sus padres nunca se tomaron el tiempo de señalar, tanto por desidia como por simple ignorancia. En esos casos, esos límites autogenerados suelen estar caracterizados por una rigidez exacerbada para el pequeño niño, que entonces deja de serlo en su plenitud.

Ambas compartían el mismo rigor y dureza con ellas mismas, aun cuando en esos tiempos no tenían la capacidad de darse cuenta.

Es quizá ese peculiar rasgo de su personalidad el que ha retrasado en Soledad su darse cuenta. Hace algunos meses ya que, final-

mente, ha experimentado en su interior una intranquilidad que se ha transformado en una sensación permanente de angustia. En alguna de las últimas audiencias frente a los ministros de Corte, le había relatado a su amiga, se había descubierto viajando hacia una escena imposible, en la que siente sus pies acogidos por finos granos de arena blanca, que parecen masajearlos mientras con lentitud se desliza por la orilla de una playa, entre pequeñas rocas, en la que disfruta recogiendo tesoros de mar, acariciada por la paz de un sol naranja de media tarde. Sola. Tan abundante de su propio ser. Alguna pregunta sobre la causa que recién ha alegado la vuelve violentamente a la Sala. A lo conocido. A lo de siempre. Soledad da respuesta a lo consultado con la desenvoltura y seguridad que le ha dado la práctica, consciente de que lo más probable, como le suele ocurrir, es que esta vez también gane el juicio. Es más astuta que su contraparte. Eso también es algo a lo que se ha acostumbrado. Tiene esa facilidad de armar con rapidez el cuadro en su mente cuando se le presenta un caso, de determinar la legislación aplicable, la estrategia posible, lo que debe hacerse patente y aquello que debe ocultarse; pericia que podría colisionar con el concepto de justicia, que la guiaba como un mandamiento impreso en cada una de sus células y que la sostuvo, alejando su impulso a abandonar todo, en aquellos terribles momentos vividos en esa Escuela de Leyes que a ratos creía no iba a poder soportar.

Justicia. Para todas aquellas personas que, como ella, han vivido al margen de los privilegios de unos pocos, se repetía Soledad, sin siquiera cuestionarse la paternidad de esa idea. Dios le entregó este don con un fin, le había dicho su madre. No olvides nunca de dónde has venido, le repetía, ansiando ver en su hija a la redentora de tantas penurias vividas, sentenciándola a una vida predeterminada; privándola del privilegio de cada ser humano de crear a cada momento, en conexión con sus personales anhelos, el suelo donde elija apoyarse.

Lo que Soledad no sabía entonces, piensa Martina, es que los viajes de su imaginación querían advertirle de algo nuevo que se

estaba gestando en su interior, una energía a la que su sueño de la noche reciente parecía querer acercarla un poco más.

Soledad no sabe lo profundo que puede ser el mensaje de un sueño y cómo este puede revelar lo más íntimo que el ser está viviendo a cada momento; cómo una sola experiencia de a veces unos cuantos minutos puede ir hacia la raíz misma de lo que nos aqueja, sacando a la superficie verdades tan escondidas en los laberintos de la conciencia, que antes de manifestarse a través de un sueño podríamos no haber pensado que formaban parte de nosotros.

—Si quieres, podemos ver tu sueño— le sugiere con discreción a Soledad.

—Hum. Si quieres...—responde Soledad, como si no fuera gran cosa.

—Dime, ¿qué es una madre?

—Mi mamá, pues, ya sabes. La conociste —se apresura Soledad.

—No. Dime qué es una madre, en general. Imagínate que no sé nada acerca de cómo funciona este planeta, que soy un ser no encarnado y quiero saber de qué se trata todo esto. Tienes que explicarme con tus conceptos lo primero que se te venga a la mente —le aclara Martina.

—Ah, bueno... Una madre... es el ser que te dio vida, que te alimentó, que te cuidó... —contesta Soledad, no sin cierto recelo ante lo que para ella es una conversación un poco estúpida y evitable.

—Ok. Ahora hágame de “tu madre”. Quién es, cómo es, qué relación tenías con ella.

—Hum... mi mamá era una persona muy fuerte, muy protectora, a pesar de que nunca me decía que me quería; pero siempre estaba ahí para mí.

—Háblame del Alzheimer —agrega Martina, con una determinación que empuja a Soledad a continuar.

—Eh... es una enfermedad... Lo que más me llama la atención en el sueño es la confusión que me genera el hecho de haber conocido siempre a la mamá tan fuerte y verla ahora tan débil, tan incapacitada... tan confundida.

Martina sabe que al analizar un sueño es muy importante examinar el significado de cada elemento contenido en él, por lo que se cuestiona si solicitar más detalles a Soledad acerca de aquello en lo que consiste esa enfermedad, de acuerdo a su personal entendimiento. Pero también tiene conciencia de que es esencial dejarse llevar por la intuición al intentar rescatar su mensaje. Así es como concluye que las referencias de Soledad parecen ser suficientes en este caso.

—¿Y el hecho de que no controle esfínteres? —pregunta Martina.

—No sé... Es como algo tan básico que ella ya no maneja...

—Ajá. Dime, ¿has estado pensando en tu madre ahora último?

—No. Eso es lo más extraño. Recuerda que mi mamá falleció hace años, el sueño no tiene sentido. Por eso, no creo que tenga ni pies ni cabeza —resuelve Soledad, muy complacida.

Martina recuerda esa época. La llamada de Soledad desde tan lejos, desarmada en lágrimas, envuelta por una oscura vacuidad en la que solo podía precipitarse en un descenso interminable de angustia, de sinsentido, de desolación. Su madre —le confesó en esa ocasión—, el único sostén emocional que le dio esta vida, la abandonó abruptamente, soltando su mano por primera vez en sus treinta y dos años. Todo era confusión y dolor; su cuerpo se empequeñecía al diminuto estado de un bebé aún no nacido, deseaba desaparecer del todo, experimentaba el más insoportable dolor del alma que le hubiera tocado vivir. Enfurecida con Dios por haberle arrebatado al ser humano que más la amaba en este mundo, el único en quien confiaba. Martina aún guarda culpa en su corazón por no haber hecho hasta lo imposible por estar a su lado en esos terribles momentos.

Intenta volver al momento presente y formular la pregunta siguiente en su mente. Quizá sea este un modo de reivindicarse, al menos en parte, por esa ausencia.

—¿Hay una parte de ti que sea fuerte, protectora y que siempre está lista para cuidar de otros? —inquire, tratando de cuidar que no se le escapen certezas acerca del posible significado del sueño.

—Bueno... sí. Ya sabes, yo soy en realidad la fuerte de la casa, la que aporta en mayor medida en términos económicos. Además, debo ser la mamá perfecta, siempre ahí para mis niños. Trabajo hasta tarde y mi marido me pregunta hasta el más mínimo detalle, ya sea respecto de cuestiones domésticas o del trabajo. Pero, ¿y eso qué tiene que ver? ¿No estábamos hablando del sueño? —comenta Soledad en tono burlesco, sacando a la luz un mecanismo de defensa que suele utilizar cuando algo la aleja de los territorios que domina.

Cuando tomaron la decisión de vivir juntos con Hernán, su actual marido, Soledad no pensó que en un futuro no tan lejano las cosas se transformarían de ese modo. Observando su vida hoy se da cuenta de que ha llegado a desarrollarse de un modo exactamente opuesto a aquel tiempo en que comenzaron a compartir caminos con Hernán. En esa época ella estudiaba para su examen de grado en la carrera de leyes y él trabajaba en forma independiente, y sus ingresos eran suficientes para sostenerlos a ambos. Poco a poco, sin embargo, él pareció ir abandonando sus aspiraciones personales en la misma medida en que ella iba aumentando las propias. La pericia que ella iba adquiriendo en el dominio del lenguaje, el refinamiento en su forma de vestir, su seguridad creciente en afrontar situaciones nuevas, sumado a su talento indiscutido para enfrentar la maternidad, parecían haber minado la confianza de él en sus propias capacidades. El mundo exterior pareció reflejar esta desconfianza, despojándolo de la fuente de sus ingresos y privándolo de nuevas oportunidades, de acuerdo a su personal interpretación. Aunque frente a los demás era un hombre que descansaba sin vergüenza en el único pilar que sostenía su hogar, que era su mujer, lo cierto es que su sensación de ineptitud y de falta de confianza en sí mismo crecía día a día, llevándolo a un lugar sombrío y ausente de caminos opcionales. Se había perdido completamente, ya no recordaba quién era, qué lo hacía vibrar y levantar la cabeza para descubrir paisajes renovados. Era más fácil no hacer nada. Aunque no sabía el costo que podría pagar por ello.

Ambos parecían tener un pacto secreto, según el cual todo tenía que parecer una elección asumida de común acuerdo. El éxito de ella quizá alcanzara para los dos. Sin embargo, la mirada que les devolvía el mundo iba desgastando poco a poco, día a día, dicho compromiso tácito, robando a Soledad su aparente complacencia con aquello en que se había convertido su vida.

Como un gesto mecánico, sin pensar, Soledad abre su cartera para buscar algo, cualquier cosa que la libre de la mirada inquisidora que viaja a su lado y que pretende llevarla a territorios peligrosos, cuya investigación puede extraer insospechadas consecuencias. De pronto, ese auto deja de ser un medio de transporte seguro, amenazándola con alterar esa paz que, aunque ficticia y artificial, la ha mantenido dentro de terrenos conocidos y protegidos.

—Esa parte tuya fuerte, protectora, cuidadora, ¿sientes que está de algún modo enferma, que se encuentra débil y confundida? —le insiste Martina, haciendo caso omiso a las risitas nerviosas de su amiga.

Al escuchar esto, algo se aprieta en el pecho de Soledad y su respiración se torna dificultosa. Un cúmulo de emociones se le agolpan y sus ojos se llenan de lágrimas. No sabe por qué. Lo que dijo Martina no tiene sentido para ella; su vida continúa como siempre, sigue haciéndose cargo y no se siente enferma. Hay mucho que sigue dependiendo de ella y continúa respondiendo, tal como se espera.

—No —deja escapar, por toda respuesta.

Martina ve el punto. Lo que el sueño intenta exponer es exactamente el tránsito por el que Soledad está pasando en esos momentos. Pero qué difícil puede resultar mirarse cuando no se está acostumbrado a esa experiencia.

—Cuando te digo que una parte de ti, que suele ser tu parte fuerte, puede estar enferma, no quiero decir que dejes de usarla. Pero, ¿no te has sentido tan cansada de un tiempo a esta parte, agotada de no tener espacios para ti, exhausta de ser la última en la lista de tus prioridades?

—Ah, bueno, eso sí. Sabes que sí —afirma Soledad.

—Si tu madre representa, en realidad, tu parte protectora y que se hace cargo de los otros, ¿qué te querrá decir el sueño, cuando una enfermera te muestra que esa parte de ti tiene Alzheimer, que no controla esfínteres?

—En ese sentido, creo que el sueño me diría que esa parte de mí está muy débil, que ya no se siente tan fuerte como antes, que ya no está siendo capaz de tomar tantas responsabilidades. Y que algo tan básico como controlar esfínteres ya no lo puede hacer... me diría que hay cosas básicas en mi vida, sobre las que yo solía tener control, que hoy no puedo manejar.

Soledad mira a través del espejo lateral del asiento del copiloto la seguidilla de autos que se alinean detrás, luego de que su amiga se detuviera ante una luz roja. Ya no se siente tan mal. De alguna manera, una especie de alivio está comenzando a emerger desde su interior. Y una débil sensación de calor en su corazón. Como si la niña que llevara dentro le agradeciera por estar escuchándola y cobijándola.

—¿Y qué es una enfermera? —continúa interrogando Martina, a la vez que pasa primera velocidad—. Recuerda, yo no conozco los conceptos de este mundo...

Soledad la mira con una mueca burlona en sus labios.

—¿Te gusta hacerme hablar, ah! Hum... una enfermera es una especialista en cuidar a otras personas cuando tienen un problema de salud, tiene conocimientos acerca de los cuidados básicos que estas personas necesitan.

—¿Y qué te dice la enfermera?

—Que debo hacerme cargo de mi mamá... ¿Qué significa? —pregunta Soledad, ahora interesada.

Martina enciende las luces de estacionamiento y detiene el auto a un costado del camino. Sin apagar el motor, lo pone en neutro y mira directo a los ojos asustados de su amiga de tantos años.

—Así como dentro de ti tienes una parte que se dedica a cuidar al resto, tienes también otro aspecto que te puede cobijar a ti misma.

Una persona sabia en cuidados te está informando que a partir de ahora debes hacerte cargo de tu persona. Ya no puedes solo sufrir y quejarte, debes hacer algo al respecto. Debes darte cuenta de que hay una niñita en ti, la pequeña Sole, que requiere tus cuidados y, sobre todo, tu amor. Y esa parte que te necesita es una que “no sabe decir te quiero”. ¿Recuerdas que eso dijiste de tu mamá, que nunca te decía que te quería? No sabía hacerlo, aunque lo necesitaba y aunque lo sentía. Más que decir o no decir te quiero, lo que el sueño puede intentar hacerte ver es que es posible que tengas un curso pendiente en el lenguaje de las emociones... ¿No crees?

—¡Yo solo te estaba contando lo que soñé anoche!

Este libro cuenta con seis audios sobre el método de interpretación de sueños de Edna Wenderdel. Para escucharlos, escanee el código QR de cada uno.



AUDIO 1

Sistema de interpelación de sueños